ENTRA EN UNA LATA

Raphael Aloysius Lafferty



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

He aquí mis notas acerca del fastidioso asunto. No las escribo a modo de protesta, lo cual sería inútil. Holly ya no existe, y los Shelni, si es que todavía queda alguno, habrán desaparecido para siempre dentro de uno o dos días. Esto es sólo una simple constancia.

Holly Harkel y yo, Vincent Vanhoosier, obtuvimos fondos y autorización para grabar el folklore de los Shelni por intermedio del viejo correlator John Holmberg. Fue un gesto inesperado. Todos los investigadores del folklore hemos considerado siempre a John como nuestro peor enemigo.

- Al fin y al cabo, hemos incurrido en gastos fabulosos para grabar hasta el último detalle los gruñidos de los cerdos y los ruidos de las lombrices de tierra - me dijo Holmberg -, y hemos registrado los chillidos y cuchicheos de centenares de especies de roedores orbitales. Poseemos verdaderas bibliotecas de los gorjeos y cacareos de todos los pájaros y seudoorninos. Pues bien, agreguemos los Shelni a nuestra lista. Yo no creo que sea música lo que hacen cuando aporrean las raíces de los árboIes o soplan sus cántaros de calabaza. Tampoco creo que su sonsonete sea más un lenguaje que el chirrido de una puerta. A propósito, hemos grabado los chirridos de más de treinta mil puertas. Y hemos hecho cosas peores. Grabemos a los Shelni, entonces, si eso excita vuestros corazones. Pero tendrán que darse prisa. Los Shelni están a punto de irse.

»Y permítaseme decir con todo sentimiento que alguien que tenga la cara y el cuerpo de la señorita Holly Harkel merece ver realizados todos los anhelos de su corazón. Esto es pura, justicia, nada más. Los gastos también correrán por cuenta de la Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Cantor. De vez en cuando a estas empresas les pica la puta del remordimiento, y entonces se sienten obligadas a echar unas monedas en algún fondo de beneficencia, para ver si eso les trae suerte. Pero en realidad nunca son muchas las monedas, y el bicho que les pica nunca es demasiado grande. Sin embargo, si lo estiran, podrían hacerlo alcanzar para cubrir vuestro proyecto, Vanhoosier.

Así recibimos nuestra asignación y nuestro viaje la señorita Holly y yo.

Holly Harkel se había desprestigiado más de una vez por haber sostenido que comprendía el lenguaje de las más diversas criaturas. Sus afirmaciones de que era capaz de entender a los Shelni provocaron la más terrible indignación. Debo decir que eso fue raro. El capitán Charbonnett no sufrió ningún desprestigio por afirmar que entendía a los simios planetarios, y si hubo alguna vez una afirmación falsa fue la suya. Tampoco se desprestigió Meyrowitz por haber pretendido descubrir significados esotéricos en los dibujos de los excrementos de los ratones campestres. Pero parecía que había algo de inverosímil en la cara de duende de Holly Harkel cuando afirmaba que no sólo era capaz de entender instantánea y completamente a los Shelni sino que ellos no eran en modo alguno viles bestias de carroña y sí un genuino pueblo duende, que ejecutaba música de duendes y cantaba canciones de duendes.

Holly Harkel tenía un corazón y un alma demasiado grandes para su cuerpo enano, y un cerebro demasiado grande para su extraña cabecita. Eso, supongo, era lo que la hacía caer como una piedra en todas partes. Era puro amor y devoción y alegría, y muchas de esas cosas le abultaban en la escueta figura. Una de las cosas insólitas era su fealdad, y creo que ella gozaba entregándola a los mundos. Había amado a víboras y sapos, había amado a monos y engendras. Llegaba a parecerse misteriosamente a todos ellos cuando los estudiábamos. Fue una víbora cuando estudiamos las víboras, un sapo cuando los sapos fueron nuestro tema. A cada criatura Holly la estudiaba desde adentro. Y aquí, hasta para ella había una semejanza nada común.

Holly adoró instantáneamente a los Shelni. Se convirtió en un Shelni, y no le costó mucho. Se movía, correteaba y trepaba igual que un Shelni. Bajaba de los árboles de cabeza lo mismo que un Shelni o una ardilla. A mí siempre me pareció que era algo distinto de lo humano. Y ahora estaba ansiosa por grabar las cosas de los Shelni... «antes de que se vayan»

En cuanto a los Shelni mismos, algunos científicos los clasificaron como humanoides, y tuvieron luego que defenderse de gritos y golpes. Si eran humanoides, eran por cierto los humanoides más inferiores y más raros que hubo jamás. Pero nosotros, los estudiosos del folklore sabíamos intuitivamente qué eran. Eran duendes, pura y simplemente; y no empleo las palabras como mera fórmula. Los más altos medían menos de noventa centímetros; los más viejos tenían menos de siete años. Eran, tal vez, las criaturas más feas del universo, pero de una fealdad agradable. Los científicos que los estudiaron insisten en que no había en ellos inteligencia alguna. Eran demasiado cordiales y demasiado abiertos en realidad, pues se dejaban fascinar, para su desgracia, por todas las cosas humanas. Pero no eran más humanos que un hada o un ogro. Menos, menos, menos que un mono.

- Aquí hay una de sus cuevas - adivinó Holly ese primer día (que fue anteayer) - Aquí abajo ha de haber toda una guarida repleta de Shelni, y la puerta está ahí, más abajo, entre las raíces de este árbol. Cuando obtuve mi doctorado en música primitiva nunca me imaginé que vendría a visitar a estos duendes debajo de las raíces de los árboles. Tal vez nunca me atreví a soñar nada semejante. Hubo tantas cosas que no nos enseñaron. En una época hasta dejé de creer en los duendes.

Esta última parte no la creo.

De improviso, Holly se metió de cabeza por un agujero del suelo, como un topo, como una ardilla, como un Shelni. Yo la seguí, pero entré con cautela, y no de cabeza. Yo tendría que estudiar a los Shelni desde afuera. Nunca podría meterme dentro de sus verdes pellejos de duende, nunca podría croar o gorjear con sus lenguas de rana, nunca sentiría lo que hacía saltar sus ojos saltones. Yo ni siquiera sería capaz de descubrir desde afuera sus guaridas.

Y en el fondo del agujero, a la entrada de la guarida misma, tuvimos un encuentro que mientras lo veía y lo oía me pareció inverosímil. Fue una conversación que escuché con mis propios oídos, que por el momento se habían vuelto trascendentes. Una conversación en el idioma croarrana de los Shelni, entre Holly Harkel y el Anciano de cinco años que custodiaba la guarida; sin embargo era una especie de inglés, y lo entendí:

- Toco, toco. - Esta era Holly.
- Cocorroco. - Este era el guardián.
- Golly-Golly.
- ¿Qui-so? ¿Holly?
- ¿Qué te muele?
- Entrarhuele.

Y nos hicieron entrar. Pero si usted cree que podrá entrar en una cueva Shelni sin antes rimar con el Anciano de cinco años que la custodia, entonces no cabe duda de que nunca estuvo en uno de esos lugares. Y aunque los filóIogos dicen que el «lenguaje» de los Shelni es un croar sin ningún significado, nunca dejó de tenerlo para Holly y, por momentos, para mí. Eso era lo que en secreto sospechaba Holly.

Holly había insistido en que los Shelni hablaban inglés dentro de las limitaciones de su aparato vocal. Y en esa primera sesión, ellos le dijeron que nunca habían tenido

idioma propio «porque nadie nos lo inventó, jamás»; por eso usaron el inglés tan pronto como lo oyeron.

- Les pagaríamos por usarlo si tuviésemos algo con que pagar - dijeron. Es inglés croarrana, pero sólo el puro de oído logra entenderlo.

Yo puse en marcha el grabador y Holly puso en marcha a los Shelni. Al poco rato ya tocaban esas flautas en forma de cántaros que tienen. Música de ranas. Gorjeos de sionnach inefablemente tristes. Una melódica riña-de-grajos-arrendajos-y-corvajos. Eran pequeñas piezas musicales, extrañas y encantadoras, y sonaban como si las estuviesen tocando debajo del agua. Sería difícil imaginar, en todo caso, que no las estuviesen tocando por lo menos bajo tierra.

Las tonadas eran cortas como lo son todas las tonadas de los niños. No había verdadera orquestación, aunque con siete flautas diversamente encantaradas y armonizadas, hubiera sido posible. Y sin embargo, había en ellas verdadera melodía: una melodía breve, completa, cerrada, de una enana perfección. Eran fugas subterráneas, llenas de sangre de gusanos y frescas como zumo de raíces. Eran una estridencia de cigarras, grillos y matracas.

Luego, mientras los cantaroflautas cloqueaban, Holly hizo que uno de los Shelni más ancianos contara cuentos. Estos son los dos que grabamos ese primer día. Otros que hoy los escuchan dicen que no son nada más que graznidos. Pero yo lo escuché con Holly Harkel, ella me ayudó a interpretarlos, y puedo escucharlos y entenderlos perfectamente en inglés croarrana.

¡Tómalos, Terrible Posteridad! No estoy seguro de que merezcas ni siquiera esto de los Shelni.

El Shelni que perdió el diente funerario

Lo cuentan así.

Hubo una vez un Shelni que perdió el diente funerario antes de morir. Todo Shelni empieza a vivir con seis dientes, y pierde uno cada año. Entonces, cuando es muy viejo y sólo le queda un diente, se muere. Ese último diente debe dárselo al Skokie enterrador para pagar su entierro. Pero este Shelni o bien había perdido dos dientes en un año o había vivido hasta una edad muy avanzada.

Se murió. Y no tenía diente con que pagar el entierro.

- Si no tienes diente para pagarme, no te entierro - le dijo el Skokie enterrador -. ¿Acaso voy a trabajar por nada?

- Entonces yo mismo me enterraré - dijo el Shelni muerto.

- Tú no sabes - le dijo el Skokie enterrador -. No conoces los sitios que están libres. Verás que todos los lugares están ocupados. Tengo un convenio por el cual todo el mundo debe decir a todo el mundo que todos los lugares están ocupados, así sólo el enterrador puede enterrar. Es mi trabajo.

A pesar de todo, el Shelni muerto salió en busca de un lugar donde enterrarse. Cavó un pequeño foso en la pradera, pero por donde cavaba encontraba que todos, los lugares estaban ya repletos de Shelnis o Skokies o Ranas muertas.

Cavó fosos en el valle y le ocurrió lo mismo. Cavó fosos en la montaña y le dijeron que también la montaña estaba colmada. Entonces se alejó llorando porque no podía encontrar un sitio donde descansar.

Les preguntó a los Eanlaith si podía quedarse en su árbol. Y ellos le dijeron que no, que no podía. No querían que ningún muerto viviese en su árbol.

Les preguntó a los Eise si podía quedarse en su laguna. Y le dijeron que no, que no podía.

No querían gente muerta en su laguna.

Les preguntó a los Sionnach si podía dormir en su madriguera. Y le dijeron que no, que no podía. Cuando estaba vivo lo habían querido mucho, pero es difícil que una persona muerta pueda tener amigos.

Así, pues, el pobre Shelni muerto anda aún errante, y no consigue encontrar un sitio donde apoyar la cabeza.

Seguirá errando para siempre, a menos que encuentre otro diente funerario para pagar su entierro.

Así lo contaron.

Un comentario acerca de este cuento fúnebre: A los Shelni los entierran con especial cuidado. Pero las criptas funerarias las cavan no los Shelni seisdedos, sino simplemente los Skokie sietegarras. El Skokie enterrador debe tener materia. Además, los Skokie, pese a estar un peldaño más arriba que los Shelni en la bajísima escala animal no entierran a los suyos.

Otro detalle: no hay restos Shelni que daten de más del equivalente de unos treinta años. No hay despojos diseminados al azar, ni fósiles Shelni, pese a que tales restos son comunes aquí para todas las otras especies.

El segundo cuento (del primer día).

El Shelni que se convirtió en árbol. Así es como lo cuentan.

Había una mujer que no era ni Shelni ni Skokie ni Rana. Era una Mujer del Cielo. Un día llegó con su hijo y se sentó debajo del árbol Shelni. Cuando se levantó, dejó a su hijo, que estaba durmiendo, y se llevó, por error, a un niño Shelni. Más tarde, la mujer Shelni fue a buscar a su hijo y lo miró. No supo qué era lo que había pasado, pero aquel niño era un niño del Cielo.

- ¡Oh, tiene la piel rosada y ojos chatos! ¿Cómo puede ser? - preguntó la mujer Shelni. Pero se llevó el niño a su casa y todavía vive con los Shelni y todo el mundo ha olvidado la diferencia.

Nadie sabe lo que pensó la Mujer del Cielo cuando se llevó a su casa al niño Shelni y lo miró. Sin embargo, se quedó con él y el niño creció y fue más hermoso que cualquiera de ellos.

Pero cuando llegó el segundo año y el joven Shelni hubo crecido, se marchó a los bosques y dijo:

- No me siento una Persona del Cielo. Pero si no soy una Persona del Cielo, entonces, ¿qué soy? No soy un Pato. No soy una Rana. Y si soy un Pájaro ¿qué clase de Pájaro soy? No quedan más posibilidades. Lo que debe de suceder es que soy un Árbol.

Había razones para que pensara eso. Nosotros, los Shelni, nos parecemos un poquito a los árboles y nos sentimos un poquito árboles.

Entonces el Shelni echó raíces y desarrolló una corteza y trabajó con empeño para ser un árbol. Soportó todas las penurias que constituyen la vida de un árbol. Fue roído por cabras y gobnius; fue chupeteado sin piedad por vacas y croms, fue infestado por las babosas y ensuciado por el animal sin nombre. Además le cortaron algunas partes para hacer leña.

Pero desde los dedos de los pies hasta el pelo seguía sintiendo trepar la música cantarina, y sabía que esa música era lo que siempre había estado buscando. Era la misma música cantarina y chirriante que ahora escuchamos.

Entonces un pájaro le dijo al Shelni que él no era en realidad un árbol, pero que ya era demasiado tarde para que dejase de crecer como árbol. Tenía a sus hermanos y hermanas y parientes en la cueva debajo de las raíces, le dijo el pájaro, y si el Shelni dejaba de ser árbol ellos se quedarían sin hogar.

Este es el árbol que constituye el techo de la cueva donde estamos ahora. Este árbol es nuestro hermano que se perdió y se olvidó que era un Shelni.

Así es como siempre lo contaron.

El segundo día, el parecido de Holly con un Shelni era ya asombroso. Ella siempre conseguía parecerse a todas las criaturas que estudiábamos juntos, Holly insiste en que los Shelni poseen inteligencia, y yo concuerdo con ella a medias. Pero el último párrafo del manual básico de este mundo está contra nosotros.

«...una tendencia a atribuir a los Shelni una inteligencia que no poseen, debido tal vez a su imaginaria semejanza con los humanos. En los laberintos son decididamente inferiores a los roedores. En la manipulación de llaves y cerrojos son menos hábiles que el mapache o el rojón de los asteroides. En el manejo de utensilios y en la mímica propiamente dicha están lejos de igualar a los simios. En el pillaje simple y en el instinto de supervivencia están muy por debajo de los cerdos y los harzl. El mneme, el necesario preludio de la inteligencia, están más o menos a la par de las tortugas. Su «lenguaje» carece de la verosimilitud del de las aves parlantes, y su «música» es inferior a la de los insectos. Son malos perros guardianes y espantapájaros inadecuados. Pareciera que la moción de prohibir la shelnifagia, aunque acaso sincera, es desacertado. Al fin y al cabo, como dijo un primitivo astronauta, ¿para qué otra cosa sirven?

Bueno, tenemos que reconocer que los Shelni no son tan inteligentes como las ratas, los cerdos o los harzls. Sin embargo yo, debido sin duda a la influencia de Holly, siento una mayor afinidad con ellos que con las ratas, los cerdos, los mapaches, las cornejas o lo que sea. Pero ninguna criatura es tan desvalida como el Shelni.

¿Cómo se las arreglarán para juntarse?

Los Shelni tienen muchas clases de canciones, pero no tienen ninguna canción romántica en el sentido nuestro. Después de todo, son niños pequeños hasta que se mueren de viejos. Sus relaciones sexuales parecen caracterizarse ya por una inconsciencia total, ya por una timidez extrema.

- Ni siquiera entiendo cómo se las arreglan para procrear, Vincent - me dijo Holly el segundo día (que fue ayer) -. Están aquí así que han de haber nacido. Pero ¿cómo estos cincoañeros cortos de genio y de entendederas harán para juntarse y procrear? Yo, en sus leyendas y en sus normas de comportamiento, no pude encontrar absolutamente nada, ¿y tú?

»En sus leyendas, todos sus hijos son niños encontrados. Nacen o los descubren debajo de una zarzamora (mi traducción de spionam). O alternativamente, y en otros ciclos, aparecen debajo de un árbol de la vida o en un sembrado de pepinos. De acuerdo con el sentido común, debemos suponer que los Shelni son placentarios y vivíparos. Pero ¿cabe aplicar el sentido común a los duendes?

»También tienen una leyenda de que son fungoides y brotan en el suelo por las noches lo mismo que los hongos. Y que si una mujer Shelni desea tener un hijo, debe comprarle un trocito de hongo a un Skokie y plantarlo en la tierra. Entonces, a la mañana siguiente, tendrá justo a su hijo.

Pero Holly estaba deprimida ayer por la mañana. Había visto una hoja impresa por nuestros patrocinantes, la Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Cantor, y eso la alarmó:

«¡Cerdo Cantor! ¡Deleita a los Niños! ¡Personajes de Cuentos Infantiles en las latas, para su conveniencia! ¡Carne Genuina de Duendes Verdaderos! Sin grasa y sin huesos. Si su lata tiene un número de la suerte, usted recibirá gratuitamente un facsímil de la cantaroflauta de los Shelni. Sea el primero de su manzana en servir Cerdo Cantor, la carne de duende verdadero. Enriquecida con almidón de maíz y aromatizado.»

Oh, bueno, no era más uno de esos avisos que utilizaban allá, en el Mundo. Nosotros teníamos que hacer nuestra grabación.

- Vincent, no sé cómo llegaron hasta aquí - me dijo Holly -, pero sé que no se quedarán mucho tiempo. ¡Date prisa, date prisa, tenemos que registrar todo! De algún modo conseguiré que se los recuerde. Ese segundo día (que fue ayer) Holly les hizo tañer los tenedores. El día anterior, dijo, hubo un impedimento. Parece que no le pueden tañer a uno los tenedores hasta el segundo día de relación. Los Shelni no tienen instrumentos de cuerdas. Los reemplazan por tenedores, los vibrantes y cantantes tenedores. Tañen esos armónicos tenedores de muchos dientes como si fueran arpas, y usan como caja de resonancia las raíces de los árboles, para que hasta las hojas más altas, suspendidas allí arriba en el aire, participen un poco de la música. Los tenedores, esos tenedores, también son de madera, de una cierta madera muy dura pero liviana que aguzan con pedernal y con polvo de cal. Son madera, creo, en un primer estado de petrificación. La música del tenedor sigue habitualmente a la música del cantaroflauta, y en las baladas que entonan al son de ese instrumento hay una tristeza onírica que desmiente la pueril simplicidad de los textos.

He aquí otros dos de esos cuentos baladas que grabamos el segundo día (que fue ayer).

El Skokie que perdió a su mujer. Lo cuentan así.

Un Skokie oyó una noche el cantareo de una cantaroflauta Shelni.

- Si de algo estoy seguro - dijo el Skokie - es de que ésa es la voz de mi mujer. Siempre la reconocería.

El Skokie subió a los pozos en busca de su mujer. Bajó al agujero del suelo de donde venía la voz de su mujer. Pero todo cuanto allí encontró fue un Shelni tocando la cantaroflauta.

- Ando en busca de mi pobre mujer perdida - dijo el Skokie -. Acabo de oír su voz saliendo de esta cueva. ¿Dónde está?

- Aquí no hay nadie más que yo - dijo el Shelni -. Estoy solo aquí, sentado, tocando la flauta a las lunas cuya luz baja por las paredes de mi cueva.

- Pero yo la oí aquí - dijo el Skokie -, y me la quiero llevar.

- ¿Cómo era su voz? - preguntó el Shelni -. ¿Así? - Y cantareó en la flauta una música cantarina.

- Sí, es mi mujer - dijo el Skokie -. ¿Dónde la tienes escondida? Es su mismísima voz.

- No es la voz de la mujer de nadie - le dijo el Shelni al Skokie -. No es nada más que una pequeña melodía que yo inventé.

- Tocas con la voz de mi mujer, así que has de habértela tragado - dijo el Skokie -. Te desarmaré y veré.

- Si me tragué a la mujer de alguien, lo siento mucho - dijo el Shelni -. Adelante.

Entonces el Skokie desarmó al Shelni y desparramó las piezas por toda la cueva y algunas por afuera, en el pasto. Pero no encontró a su mujer.

- Me equivoqué - dijo el Skokie -. ¿Quién hubiera pensado que alguien que no se había tragado a mi mujer podría hacer su voz con la flauta?

- No importa - dijo el Shelni - siempre y cuando vuelvas a armarme. Yo recuerdo en parte cómo soy. Si tú te acuerdas del resto, entonces podrás volver a armarme.

Pero ninguno de los dos recordaba muy bien cómo era el Shelni antes de que lo desarmaran. El Skokie se equivocó al armarlo. Le faltaban piezas para algunos sitios, y para otros le sobraban.

- Déjame que te ayude - dijo una Rana que estaba allí -. Yo recuerdo dónde van algunas de las partes. Además, creo que fue a mi mujer a quien se tragó. Era la voz de mi mujer la que tocaba con la flauta. No era la voz de un Skokie.

La Rana ayudó, y todos recordaron lo que pudieron, pero no resultó. Hubo partes del Shelni que no pudieron volver a encontrar, y algunas no encajaban. Cuando lo terminaron, el pobre Shelni estaba muy dolorido y apenas si podía moverse, y no se parecía mucho a un Shelni.

- Hice todo lo que pude - dijo el Skokie -. Tendrás que quedar así. ¿Dónde está Rana?

- Estoy adentro - dijo Rana.

- Tendrás que quedarte allí - dijo el Skokie -. Ya estoy harto de los dos. Harto, y estas piezas que sobran me las llevaré. Tal vez con ellas pueda hacer a alguien más.

Así está todavía el Shelni, mal armado. En esa forma que no es su forma recorre la comarca por las noches, pues le da vergüenza salir de día. Algunas gentes que no conocen la historia se sobresaltan al verlo. Aún toca la cantaroflauta con la voz de la mujer del Skokie y la voz de la Rana. ¡Escuchen, ahora mismo la pueden oír! Y el Shelni sigue triste y acongojado, porque nadie sabe cómo armarlo correctamente.

El Skokie nunca encontró a su mujer perdida.

Así es como lo cuentan.

Y luego estaba el segundo cuento que grabarnos ayer, el último cuento Shelni que grabaríamos jamás, aunque entonces no lo sabíamos:

Los Cerdos Cantores. Así es como lo cuentan.

Tenemos el viejo cuento de los cerdos cantores que cantan tan alto que vuelan al cielo sobre la cola de su propia canción. Y ahora nosotros mismos, si podemos cantarear las flautas lo bastante fuerte, si podemos tañer los tenedores lo bastante profundo, llegaremos a ser los Cerdos Cantores de nuestro propio cuento. Muchos se han marchado ya como Cerdos Cantores.

Vienen los hombres, campaneros con sus carros de música. Tocan música del Cielo, ¡tachín patachín! Vienen por amor a nosotros. Y si nos damos prisa, podremos, cuando vengan, marchamos con ellos, podremos entrar en una lata y volar por encima del cielo.

¡Bong! ¡Bong! Así hace ahora el campanero con su carro de música.

¡De prisa, todos los Shelni! Este es el día en que podéis marchamos. Venid, todos vosotros, Shelni de los valles y de los ríos, y saltad al carro que aquí tenéis un viaje gratis. Venid todos los Shelni de los prados y los bosques. Subid desde las raíces de los árboles y las cuevas subterráneas. ¡Los Skokie no pueden ir, las ranas no pueden ir, sólo los Shelni pueden ir!

Llorad si el carro está demasiado lleno y no podéis iros hoy, mas no lloréis demasiado tiempo. Los campaneros dicen que volverán mañana y todos los días hasta que no quede un Shelni.

- Venid todos vosotros pequeños Sheini-Cerdos-Cantores - grita un campanero -. ¡Venid a buscar vuestros viajes gratuitos en las latas rumbo a la Tierra! Eh, Ben ¿qué otro animal salta al carro del matadero al solo tañido de una campana? Adelante, adelante pequeños Shelni-Cerdos, hay lugar para diez más en este carro. Basta ya, basta ya. Mañana volveremos con muchos carros más. ¡Os llevaremos a todos, a todos! Eh, Ben, ¿oíste alguna vez llorar a los cerditos cuando ya no queda sitio para ellos en los carros del matadero?

Estas son las nobles y bondadosas palabras que pronuncia un campanero por amor a nosotros. No tener ni siquiera que dar un diente funerario u otro diente para pagar el viaje. Las Ranas no pueden ir, los Skokie no pueden ir. ¡Sólo los Shelni pueden ir!

¡Ahora vienen las cosas maravillosas! Del carro, los Shelni deben pasar a un lugar donde les quitan todos los huesos. Esto jamás les ocurrió antes a los Shelni. En otra sala, se los hierve hasta que quedan reducidos a la mitad de su tamaño, pequeños como un niño Shelni. Y entonces todos tienen que participar del juego y gatear y meterse en las latas. Luego obtienen el viaje gratuito, el largo viaje en latas, rumbo a la Tierra. ¡En una lata!

Secad las pegajosas lágrimas de vosotros, por que perdéis el carro musical de hoy. Id a dormir temprano esta noche y levantaos temprano mañana. Cantad entonces con toda la fuerza de vuestra voz, para que los campaneros sepan dónde ir a buscaros. Cantaread mañana vuestras flautas con toda vuestra fuerza, haced vibrar hondamente vuestros tenedores, gritad ¡arme! ¡arme! aquí estamos, campaneros.

Todos ríen cuando se marchan con los campaneros en el carro musical. Pero hay un cuento de que un día una mujer Sheini llorará en vez de reír cuando se la lleven. ¿Qué le puede pasar a esa mujer para que llore? Ella gritará: ¡Malditos, esto es un asesinato! ¡Ellos son casi personas! ¡No pueden llevárselos! Son tan personas como yo. ¡Malditos dos veces, no pueden llevarme a mí! Yo soy humana. ¡Oh, oh, oh! Y esta es la parte más rara del cuento, la cosa profética.

Oh, oh, oh, dirá la mujer. oh, oh, oh le harán eco las cantaroflautas. ¿Qué le pasará a la mujer Shelni que llora en vez de reír?

Este, donde lo cuenten, es nuestro último cuento. Cuando se cuente por última vez, ya no habrá aquí más cuentos, no habrá más Shelni. Quien puede entrar en una lata ¿Para qué necesita de cuentos y de música de cantaroflautas?

Así es como fue contado.

Entonces salimos (Por última vez) de la cueva de los Shelni. Y, como siempre, hubo la rima con el Anciano cincoañero que custodiaba el lugar:

- ¿Qué te niete?
- Salir de boquete.
- A la Holly malaguero,
¡Compañero!
- Fuera ojalá otro gusano,
¡Hermano!
- Holly llora.
Cantinela voladora,
Cantareando, gimiendo.
- Saliendo.

Esto sí que fue extraordinario. Holly Harkel lloraba cuando salimos de la madriguera por (la que resultó ser) última vez. Lloraba grandes lagrimones de duende. Yo casi esperaba que fuesen verdes.

Hoy no hago más que pensar en la forma asombrosa en que la difunta Holly Harkel había llegado a parecerse a los Shelni. Era un Shelni.

- Ahora todo me da lo mismo - me dijo esta mañana. - ¿Sería amor acaso si ellos se fueran y yo me quedase?

Es un asunto fastidioso. Yo traté de protestar, pero esa gente seguía repicando la campana y salmodiando: - Todos vosotros, pequeños Shelni-Cerdos-Cantores, saltad al carro. ¡Entrad en una lata y viajaréis a la Tierra! ¡Eh, Ben, mira cómo saltan al carro del matadero!

- Fue imperdonable - les dije -. Con seguridad ustedes saben diferenciar a un humano de un Shelni.

- No a ésa - dijo un campanero -. Le digo que todos saltaron al carro voluntariamente, hasta esa, la rara que iba llorando. Claro que puede quedarse con los huesos, si consigue reconocerlos.

Tengo los huesos de Holly. Nada más. Nunca existió otra criatura como ella. Y ya todo ha acabado.

¡Pero no todo ha acabado!

¡Compañía de Productos Alimenticios para el Desayuno del Cerdo Cantor, cuidado! ¡Habrá venganza!

Se ha dicho.